

## “RITOS FUNEBRES ENTRE LOS INDIGENAS ZENUES”

SUSANA JARAMILLO A.

### RESUMEN

*Este trabajo se inicia mostrando las condiciones de vida socio-económicas y culturales de los indígenas Zenúes del resguardo de San Andrés que habitan hoy la provincia Fincenu entre los ríos San Jorge y Sinú. Pasa luego a desarrollar el objetivo central de la ponencia que es la descripción y análisis de las creencias y ritos fúnebres de la comunidad indígena enfatizando el elemento de sincretismo religioso y mostrando la importancia aglutinadora que tienen estos ritos en la comunidad.*

### INTRODUCCION

Los indígenas del resguardo de San Andrés son descendientes de los Zenúes que poblaban la “provincia” del Fincenu, entre los ríos Sinú y San Jorge. Específicamente descienden de los indígenas de las encomiendas de Chinú, Pinchorroy y San Andrés, que fueron reunidas en un territorio común que es el del resguardo que se les concedió en 1773.

Desde la época colonial, los indígenas se veían sometidos a la presión de los otros grupos étnicos. Españoles y mestizos pobres ocupaban sus tierras para la agricultura, los negros cimarrones hacían incursiones en territorio indígena y los vecinos de Cartagena y Tolú recibían mercedes de tierra en el Medio y Bajo Sinú, conformándose las primeras haciendas ganaderas. Las enfermedades traídas por los españoles, el trabajo forzado en las encomiendas, el exceso en el pago de tributos, la pérdida de las tierras y el mismo proceso de mestizaje, fue acabando con la población indígena. Los últimos resguardos fueron extinguidos a principios de este siglo: San Sebastián de Urabá y San Nicolás de Bari y Toluvejo.

---

Esta ponencia desarrolla uno de los temas de la investigación realizada con la antropóloga Sandra Turbay C.

En el resguardo de San Andrés viven aún 20.000 indígenas que conservan una identidad cultural propia a pesar de las transformaciones ocurridas durante los últimos siglos y de las semejanzas que presentan con los campesinos de las sabanas.

Aún conservan el título del resguardo otorgado por la Corona Española y son conscientes del territorio que les pertenece, así gran parte de este se encuentre ocupado por campesinos mestizos, por negros y mulatos en la ciénaga de Chimá y por medianos y grandes hacendados.

Los indígenas continúan practicando la agricultura con las técnicas precolombinas: la tumba y quema del monte. Se trabaja en parcelas familiares. Los productos siguen siendo los mismos: maíz, yuca y ñame con muy pocas innovaciones, como el arroz en las partes bajas del resguardo. A los instrumentos de trabajo, como los palos cavadores de madera, han incorporado el hacha y el machete de metal.

Hasta mediados de este siglo, la gente se asociaba para trabajar la tierra, pero la falta de tierras y la introducción de nuevas formas de producción, llevaron al pago del jornal a trabajadores y a la migración hacia las haciendas ganaderas del Sinú y el San Jorge. La agricultura sigue siendo para el autoconsumo en su mayor parte. La ganadería no es una actividad a la que se dedique la población indígena. La cestería y la elaboración del sombrero vueltiao, son actividades económicas que complementan a la agricultura y que han sido tradicionalmente indígenas. Con el dinero obtenido de las artesanías, se compra el azúcar, la sal, el petróleo, etc., es decir, todo aquello que no se produce dentro del resguardo.

La población se distribuye en caseríos conformados por parentelas estructuradas alrededor de la figura paterna. La casa paterna se encuentra rodeada de las casas de sus hijos varones, con sus respectivas mujeres e hijos. El matrimonio se realiza a través del pago del precio de la novia, costumbre que tiene su origen en las relaciones asimétricas que se establecían entre los jóvenes indígenas y los hacendados, pero fue asimilada de tal manera por la comunidad, que puede ser considerada una costumbre indígena.

Existe una organización a través de cabildos que agrupan a diferentes caseríos. El cabildo cumple diversas funciones: solución de conflictos familiares y personales, sanción a los delitos, representación de la comunidad ante el cacique mayor y ante la alcaldía municipal, organización de trabajos colectivos, distribución de la tierra y asignación del trabajo al interior de las fincas recuperadas, etc. Los cabildos siguen teniendo vigencia y funcionalidad, así haya habido épocas de más actividad que otras y se hayan transformado en alguna medida las funciones que tenían a principios de siglo.

La celebración de festividades religiosas es un elemento aglutinador de la comunidad. La existencia de santos en los caseríos y la contraposición entre los santos de origen popular y la doctrina de la Iglesia Católica, contribuyen a reforzar la existencia de una identidad propia.

No existe una religiosidad indígena que se conserve fiel a unas tradiciones religiosas precolombinas. Lo que se presenta es un sincretismo religioso donde se puede vislumbrar la presencia de la influencia española, además de la auténticamente indígena. Son

tal vez los ritos fúnebres, los que guardan mayor semejanza con las prácticas señaladas por los cronistas para los indígenas del Fincenú.

## LOS RITOS FUNEBRES EN LA COMUNIDAD INDIGENA ZENU

*"Los cantos son para llevarle alegría al muerto, para que vaya al son de música. La voluntad es el ánimo del personal para seguir trabajando y cavar la tumba más hondo. Por ejemplo, si el doliente había dicho un metro, la gente puede seguir hasta los dos metros. Si se acaba el ron se acaba la voluntad. El dueño del finado no se emborracha. Los chistes son para tener alegría, ánimo de estar ahí cavando". (Pedro Nisperuza, El Contento, 1984).*

Todas las sociedades humanas celebran por medio de rituales el paso de los individuos de un estado social a otro. La función principal de estos ritos de paso consiste en dar un reconocimiento colectivo a todo el conjunto de relaciones nuevas o modificadas que implica socialmente el ingreso del individuo a un nuevo estado y no meramente los cambios experimentados por éste; cuando nace, llega a la pubertad, se casa o muere. Estos ritos son por lo tanto, la reafirmación del individuo y de la sociedad.

Los ritos de paso guardan una gran similitud en las diversas culturas, en ellos se establecen 3 fases fundamentales a saber: separación, transición o período liminal e incorporación.

En los ritos fúnebres también se cumplen estos tres momentos. En la fase de separación se expresa la pérdida del individuo, no sólo física sino socialmente. La separación física se da en el momento en el cual el cuerpo del difunto se incorpora en el ataúd y se sella definitivamente en el momento del entierro.

Hace parte de esta fase, la preparación del lugar de la casa en donde será velado el difunto, al igual que la introducción dentro del ataúd de sus antiguas pertenencias, como ropa y herramientas de trabajo. Por este medio se manifestará la ausencia definitiva del individuo, al mismo tiempo que la preparación para el largo viaje sin retorno que emprende al mundo de los antepasados. En el caso que vamos a estudiar, esta fase se inicia con la mortuoria y culmina con el entierro, propiamente dicho.

En el período de transición o liminal, el espíritu del individuo vaga sin descanso pues ya no pertenece al mundo de los vivos, pero aún no ha ingresado a su nuevo estado. Durante esta fase se manifiesta el temor de los vivos por los daños que pueda causar el espíritu del fallecido en tránsito al más allá. Este temor se debe al hecho de que el difunto no quiere renunciar a vivir y desea retornar al lado de su familia, pero a su vez, es temido ya que es sabido por todos que su espíritu quiere llevarse consigo a todos los seres queridos.

El temor no se debe tanto a las maldades que el muerto pueda causar, sino más bien, a la ignorancia de su nueva condición y a su negativa de dejar el mundo.

La desconfianza hacia el muerto, cuya alma ronda por el lugar durante los días anteriores a su incorporación al mundo del más allá, llevará a los sobrevivientes a asumir la defensa del grupo frente a las fuerzas de la muerte. Es frecuente, entonces, durante

este período, los llantos y lamentos desgarradores no sólo de sus familiares, sino de todos los miembros del grupo ante su cadáver, en el momento del entierro y en los días posteriores. Todas estas manifestaciones se dan en los momentos en los cuales es más aguda la tristeza. El llanto, la comida colectiva después del entierro, las reuniones del grupo para contar historia y jugar, no son otra cosa que símbolos que permiten conjurar la tristeza y afirmar el desprecio por la muerte. Es necesario por medio de estas manifestaciones, demostrarle al espíritu errante el dolor causado por su partida, pero al mismo tiempo colmarlo de atenciones para comprometerlo a pasar al mundo de los espíritus sin causar perturbaciones.

No se trata aquí de negar la muerte; por el contrario, se hace un reconocimiento de ella, pero al mismo tiempo se convierte en un instrumento de vida y lo que es más importante, se trasciende la muerte.

Por medio del ritual de incorporación, el sujeto alcanza nuevamente un estado estable y en razón de ello, adquiere los derechos y obligaciones de su nueva situación; se espera de él que se comporte de acuerdo con determinadas normas dictadas por la costumbre y lineamientos éticos.

La literatura antropológica ha registrado como elemento central dentro de esta última fase del ritual, las comidas colectivas después de los funerales.

*“Puesto que la vida no puede concebirse sin el alimento que la mantiene y sin la sexualidad que es simplemente su fuente de expresión por excelencia, el hombre no podrá dejar de evocar a propósito de la muerte, las categorías de alimento y sexo. Lo que en varios sentidos constituye un medio simbólico de trascenderla. (1).*

En el caso de los Zenúes, la incorporación se celebra en lo que ellos llaman “el despacho del alma”.

Como veremos, los ritos fúnebres tienen especial importancia en la comunidad indígena Zenú; son un elemento aglutinador, ocasión de reunión del grupo en donde se reafirma el sentimiento de pertenencia a la misma. El drama de la muerte conmueve a la sociedad en su conjunto, sin distinción de edad ni sexo. Es en esos momentos de dolor cuando se demuestra la solidaridad y resurge el trabajo colectivo que se ha ido perdiendo en las tareas agrícolas, pero aún persiste en los entierros. A cambio de alimentos y bebidas, los hombres se ofrecen a cavar la tumba y enterrar el muerto, además de hacer compañía a los dolientes. Es la forma como el grupo se prueba a sí mismo que la desaparición del ser querido no altera grandemente su unidad comunitaria y al mismo tiempo darle un duro golpe a las fuerzas disolventes de la muerte. De esta forma la sociedad comunica a los individuos que la componen, su carácter de perennidad e inmortalidad.

Las ceremonias que se describirán a continuación, están bastante extendidas en la Costa Atlántica, especialmente las mortuorias, novenarios y “compañías” (2). Sin embargo, el entierro propiamente dicho que se hace con pisonos, está restringido al resguardo de San Andrés y a algunos municipios vecinos que son de ascendencia indígena.

El sincretismo religioso será evidente a lo largo de la narración: además de los elementos auténticamente indígenas, hay una influencia católica innegable. Pero detrás de los rezos de misales y las palabras en latín que enuncian los maestros rezanderos indígenas, subsiste una concepción de la vida y de la muerte, diferente a la cristiana y estrechamente relacionada con la tierra como fuente de vida, a la que se vuelve a la hora de la muerte.

El entierro con pisones revive simbólicamente el momento de la fecundación y se hace dentro de patrones poligínicos de matrimonio que son propios de la región. Hay un macho y dos hembras, que el primero debe alcanzar. La vida pues, se vuelve a originar en el momento de la muerte. Es también por ello que para los indígenas, los actos fúnebres se deben llevar a cabo con alegría y ánimo. Alegría que no es sólo para quienes están vivos, sino para el mismo difunto que emprende un viaje sin retorno.

## A. LA MORTUORIA

El anuncio de la muerte de una persona corre rápidamente de boca en boca por los alrededores. El caserío se ilumina con mechones frente a cada casa y los familiares del difunto preparan especialmente el cuarto donde ha fallecido la persona. Sobre una mesa cubierta con una sábana blanca, es colocada la caja (ataúd). Si se trata de un niño es roja, pintada con achiote y últimamente con pintura adquirida en el comercio. Si es para un adulto, es negra o morada, pintada antiguamente con carbón y petróleo, pero hoy en día con pintura.

Frecuentemente la familia adquiere el ataúd con anterioridad al deceso. En algunas casas de parejas ancianas, se pueden observar las dos cajas amarradas al entretecho. Ellos dicen que es mejor tenerla lista para evitarle a los parientes el tener que salir apresuradamente a prestar una, quedando con la deuda pues después deben pagar con una caja igual. Así mismo, hay ancianas que tienen listo el sudario blanco de algodón que se pondrán el día de su entierro. Los hombres se entierran con pantalón y camisa blanca.

El cadáver es colocado en la caja en la cual va además toda la ropa que le pertenecía en vida y si se trata de un niño, lleva también adentro flores rojas y rosadas, para repartir a los ángeles y una florecita en la boca, que es para el propio niño. Estos llevan las manos cruzadas sobre el pecho y los adultos tienen los brazos a los lados del cuerpo. Los capitanes eran velados a principios de este siglo, sentados y con el bastón de mando, hasta que lo metían en la caja, con toda su ropa y lo llevaban al cementerio al son de la música.

Cuentan los ancianos, que al enterrar con cajas es reciente, pues cuando ellos estaban pequeños, veían enterrar en hamacas hiladas y tejidas allí mismo, con algodón silvestre y al difunto le ponían además de toda su ropa, las abarcas y el sombrero.

La oposición niño-adulto es constante en todos los detalles del ritual. La caja de los niños permanece abierta, mientras dura la mortuoria y la caja de los adultos sólo se abre por momentos. Los ojos del adulto deben permanecer cerrados, porque si no "se lleva a todos los de la casa", es decir, que los familiares se irán muriendo en las semanas o meses siguientes. Los niños mantienen los ojos abiertos, con dos palillitos que les

separan los párpados, pues si se les cierran, pueden producir la misma calamidad del caso anterior.

En los extremos de la mesa se prenden cuatro velas y sobre el fondo de la pared cuelga una sábana blanca con una cinta negra atravesada. La familia coloca contra la pared todas las imágenes de vírgenes y santos que puedan prestarle (son escasas), incluyendo por supuesto la de Santo Domingo Vidal de Chimá cuando era niño. Bajo la mesa se ve una ponchera en donde se van remojando las velas que se irán colocando junto al ataúd, para que duren más.

Las mujeres de la familia permanecen sentadas a los lados de la mesa; allí van llegando vestidas de blanco o morado; otras mujeres para formar un semicírculo alrededor de la caja; llevan azúcar, café, velas o dinero para los dolientes. En los alrededores de la casa se sitúan los hombres, conversan, toman ron ñeque que va distribuyendo "el dueño del muerto", cuentan chistes (cuentos) y adivinanzas. Los niños juegan en el patio mientras que las mujeres ajetreadas preparan café y chocolate para los visitantes.

Los dolientes más cercanos rompen en llanto y lamentos desgarradores periódicamente, en especial cuando se abre la caja. Las visitas deben lamentarse en voz alta ante la caja, antes de dar el pésame y tomar asiento. Se lamentan dirigiéndose al muerto, recordando cómo era en vida, las actividades que habían realizado juntos, etc. Hay que anotar que en las mortuorias de los niños no hay llanto "porque son angelitos que se van para el cielo".

Hay un invitado especial en las mortuorias: "El maestro". Se trata de un verdadero especialista en rezar a los muertos. Generalmente son hombres de más de cuarenta años de edad, que conocen el rosario y otras oraciones extraídas de los misales. Ellos son contratados en estas ocasiones y cumplen funciones: deben rezar al difunto en el cuarto y entretener con chistes y adivinanzas a los hombres que llegan a hacer compañía a la mortuoria.

Es muy conocido el Maestro Pablo Estrada, quien al mismo tiempo es uno de los mejores piteros del resguardo. Estos maestros tienen un repertorio de cuentos del tío conejo, el tío sapo, el tío tigre, etc., que son las delicias de la concurrencia. La tradición oral de la comunidad se recrea y enriquece durante las mortuorias, pues cada uno de los hombres narra un cuento, inventa una adivinanza o simplemente aprende nuevos cuentos para narrar en otra ocasión.

La mortuoria dura toda la noche y mientras tanto se empieza a cavar la tumba.

## **B. EL ENTIERRO**

Una cuadrilla de hombres del caserío o de los visitantes, se dispone a cavar la tumba en el cementerio, bajo la supervisión de una persona mayor. Ahora hay cementerios en casi todos los caseríos; antes solo se hacían los entierros en el cementerio de San Andrés.

El anciano que dirige la excavación es exigente en cuanto a que la dirección de la tumba quede exactamente en sentido este-oeste, tomando como referencia el lugar de naci-

miento y puesta del sol en esa época del año. También las paredes de la tumba deben quedar perfectamente rectas.

La cuadrilla de enterradores puede ser de 20 o 30 personas, las cuales trabajan por turnos: mientras cuatro o cinco cavan (3) los otros se sientan alrededor de la tumba a conversar, contar chistes, adivinanzas y a fumar y beber el tabaco y el ron ñeque que les suministra la familia del difunto. Las mujeres no asisten al cementerio mientras se cava. El ambiente es festivo y las palabras y cuentos están cargados de una connotación sexual.

Al amanecer ya la tumba debe estar terminada. La caja se cierra (se clava) definitivamente y se escuchan los lamentos de las mujeres. La caja es sacada en hombros por los varones, de tal manera que los pies queden hacia afuera, pues si sale mirando la casa, "se lleva la familia". La procesión es encabezada por alguien que lleva una vela, lámpara o linterna que "ilumine" el camino del muerto. Quienes van en la procesión gritan para que se pongan de pie las personas de las casas por donde van pasando y tocan campana porque si se quedan acostados, se los lleva igualmente el muerto.

Muy pocas mujeres acompañan el muerto hasta el cementerio y las pocas que van, se devuelven después de depositarlo en el fondo de la tumba y echarle algunos puñados de tierra, diciendo: "Por cien años más".

La cabeza del difunto debe quedar hacia el sol naciente, mirando al poniente, si es un niño y a la inversa, si es un adulto. Hay una verdadera tensión en los presentes por los peligros que puede causar el que no quede colocado correctamente.

Son los hombres quienes se quedan tapando la tumba; ésta se cubre con tres capas de tierra. Se rellena con pasta hasta la mitad y luego esa tierra se pisa con tres pisones. Los pisones son palos de madera de dos metros de largo, tallados en forma cilíndrica; en la parte inferior tienen otro cilindro de 15 centímetros de altura, más abultado si se trata de un pisón hembra y más delgado, si se trata de un pisón macho.

Hay un pisón macho y dos hembras. Ellos dicen que van a "pisar el muerto". Para tal efecto, se colocan los tres hombres alrededor de la tumba o dentro de ella, si los pisones no alcanzan desde afuera a tocar la superficie de la primera capa de tierra. Cada uno toma un pisón; los dos pisones hembras van a la derecha del pisón macho. Lo que comienza aquí es una verdadera danza alrededor del muerto. Los pisones giran a la derecha (E-O), golpeando rítmicamente la tierra. Los dos pisones hembras golpean la tierra alternadamente como cuando se está pilando con dos manos en un mismo pilón (4). Los indígenas diferencian las dos hembras: hay una vieja y otra viejuda (más vieja); dicen que ellas están "vacilando" al macho: "es como si la viejuda fuera la mujer del macho y la vieja la hija de los dos, por la edad, pero le ponen la dos al macho".

El pisón macho empieza después de que las hembras han comenzado y lo que es marcar un pulso constante mientras van pisando. Los indígenas dicen que el macho quiere "coger" (en el sentido sexual) a las hembras. Ese "coger" a las hembras, está simbolizado por el hecho de lograr marcar el ritmo de los pisones hembras, "coger al son de las hembras". En ese momento ya no se distingue el sonido del pisón macho del de los demás. Mientras van pisando, los hombres "guapirzean" (gritan) y hablan azuzándose y

haciendo alusión a las polleras de las hembras por ejemplo y se balancean de un lado a otro, cantando zafras mortuorias.

En muchos caseríos, las zafras mortuorias son sólo un recuerdo y los muertos se entierran con pisones, pero sin cantos. Hay varios sonos o ritmos que se pueden tocar con los pisones durante un mismo entierro: el son chimalero, el son de porro, el son de la garza, etc. Se puede dar el caso de que la persona haya pedido con anterioridad a su muerte, el que la pisen con determinado son.

Los hombres que están en el cementerio se van turnando para pisar; algunos lo hacen con más maestría que otros; los ancianos son los encargados de hacer las correcciones al ritmo.

La segunda capa de tierra llega a cubrir totalmente la tumba y se pisa de la misma manera. Con la tierra restante se hace un montículo sobre la tumba, simbolizando así el vientre materno después de ser fecundado. Este también se pisa de manera que quede firme y no se desmorone. Finalmente se marca una cruz sobre el montículo con los mismos pisones. En la cabecera de la tumba se siembra un árbol o se coloca una estaca. Es interesante contrastar el período de gestación del hombre (9 meses) con el "nacimiento" del espíritu el noveno día de la novena rezada a los muertos, momento en el cual se despacha el alma.

Los cronistas de Indias en el siglo XVI dan testimonio de la existencia de estos montículos de tierra sobre las tumbas; Fray Pedro Simón los llamaba mogotes. Estos eran de diferente altura. En el Fincenú había uno más alto que el resto, dedicado a su mayor divinidad.

*"En la mayor sepultura del Cenú se hallaron gran cantidad de múcuras de vino convertido en agua y más de cincuenta piedras de moler de hechura de las de Nueva España. Alrededor de esta sepultura en contorno de treinta pies, estaban doce sepulturas iguales, al altar que cada una tenía era de siete estados y en cada una de estas hallaron once mil pesos para arriba" (5).*

Castellanos nos dice de Yapel que "había por sus campos y llanuras en grandor más o menos señaladas, muchas pirámides sepulturas y por la mayor parte renovadas" (6).

Pero no todas las sepulturas tenían montículo en el Fincenú. Las sepulturas más antiguas estaban debajo de grandes árboles de los que colgaban campanas de oro. Si el difunto era un hombre, se enterraba con su macana, arco y flechas, dardos y otras armas; la mujer se enterraba con la piedra de moler, múcuras, cazuelas y otras pertenencias. A todos les ponen vasijas de chicha, bollos y otras comidas (7).

Si era un principal se enterraba con su mujer y los criados que escogiera; la sepultura era cuadrada y amplia. Se cubría con tierra bermeja traída de otro sitio; luego se plantaba el árbol, que generalmente eran hobos o ceibas. Esta forma de enterrar no se usaba cuando llegaron los españoles; lo usado era que sobre el sepulcro, los indios iban echando tierra, los días que les dieran chicha, formaban un montículo mayor según la riqueza del difunto, manifestada en la cantidad de chicha suministrada a los indios enterradores (8).

Las sepulturas más pobres sólo tenían dos dedos de tierra negra sobre la superficie y una capa de arenilla blanca. Las ofrendas de oro-ídolos chaguales, tejidos y algunas figuras de animales, eran colocadas siempre al lado del corazón del difunto que era enterrado mirando hacia el nacimiento del sol (9).

Castellanos también distingue diferentes tipos de sepulturas:

*“Los entierros que se descubrían (en el Cenú) en forma de cuadrángulo cuadrado había muchos de ellos que tenían a treinta y cuatro mil ducados y los como montones no se veían con tanto suma ni tan bien labrados y de estos más o menos en el punto según las cualidades del difunto” (10).*

Y sobre las sepulturas que están bajo los árboles, dice:

*Eran éstas cuadradas sepulturas y tenían riquísimos caudales, tanto que nos afirman escrituras que pesaban el oro por quintales; piezas de diversas figuras y de todas maneras de animales acuáticos, terrestres, aves, hasta las más menudas y de baja costa.*

*Dardos de oro rodeados con hierros de oro grandes y menores y en hojas de oro todos aforrados; asimismo muy grandes atambores y cascabeles finos enlazados, según los de pretales y mayores flautas, diversidad de vasijas moscas, arañas y otras sabandijas (11)*

Los entierros se hacían con la mochila de hayo y el poporo, en el momento de la conquista y había lloros y borracheras (12). Estos datos son importantes porque no teníamos noticias sobre el consumo de la coca entre los Zenúes. Esto plantea nuevas preguntas sobre la procedencia de la coca; si la obtenían por comercio o la cultivaban.

Actualmente se hacen algunos entierros en bóvedas; a éstos muertos sin embargo, los sacan después de algunos años y los entierran en el suelo junto a la bóveda, usando los pisones.

Se conjugan en este caso la influencia católica e indígena en las formas de enterramiento. También hay algunas tumbas a manera de fosas recubiertas en el fondo de cemento y con una tapa de cemento que las cubre. Su profundidad no excede la vara y en estos casos, el muerto no se “aporrea” con pisones, pero la mortuoria y la excavación de la tumba se hacen con la asociación de toda la comunidad, como en los otros casos. Estas tumbas son muy recientes y siguen conservando la dirección este-oeste, como en las tumbas tradicionales. Este tipo de tumba genera algún temor por su poca profundidad; sin embargo, ellos se tranquilizan diciéndose que el muerto ya no puede hacer nada y que además queda muy bien tapada.

Una vez terminado de enterrar el muerto (puede durar hasta tres horas), los hombres van a desayunar con cerdo o gallina que ofrecen los dolientes.

### C. LA COMPAÑÍA

Los ritos fúnebres no terminan con el entierro. Durante un mes se celebra la “compañía”, que es una reunión nocturna diaria en casa de los dolientes. Los vecinos van de visita para que a los familiares del muerto no les de miedo el alma.

En la casa hay un altar decorado con imágenes santas, flores y dos velas, si el difunto era un niño. Las mujeres que llegan, se sientan a conversar en el interior de la casa; los hombres sacan mesa y sillas para el patio y allí juegan cartas, dominó, narran cuentos y adivinanzas; los niños juegan rondas y juegos tradicionales en las afueras de la casa. Cuando es una compañía de niño, aumentan esos juegos y los adultos participan de ellos.

Estos juegos se hacen incluso durante la mortuoria del niño y aunque se han perdido mucho, las ancianas recuerdan algunos, como el de La Lora, El Florón, El Burrión, etc.

#### **D. EL DESPACHO DEL ALMA**

Los indígenas piensan que el alma del muerto permanece en la casa a pesar de haber sido enterrado el cadáver; por eso se hace necesario el "despacho del alma del muerto", que es un ritual que se realiza nueve días después del deceso, por lo que se le llama también novenario. A los niños menores de diez años no se les hace despacho, por ser angelitos; el alma se queda en casa.

El novenario se realiza en las horas de la noche; a él asiste tanta gente según sea el prestigio y la capacidad económica de la familia; pueden llegar a ser más de doscientas personas. Como en la mortuoria los hombres se quedan en el patio de la casa mientras que las mujeres permanecen adentro donde se ha preparado un altar con una mesa, imágenes santas, dos ramos de flores y un vaso de agua con una mota de algodón en la superficie. También se colocan unos candelabros de madera que semejan unos piloncillos; hay tantas velas como hijos y padres vivos tuviera el difunto.

Se contrata al Maestro por \$ 3.000 aproximadamente; él debe rezar cuatro veces en la noche el rosario, en el cuarto donde está el altar. A veces contratan a dos maestros que se van turnando; el rosario lo rezan con gafas oscuras o cubriéndose los ojos con la mano. Pocas mujeres son capaces de contestar el rosario.

Es también obligación de los maestros entretener durante la noche a los hombres, con su repertorio de cuentos, fábulas y adivinanzas. El ron ñeque (13), el tabaco, el tinto, el chocolate de maíz cariaco con pan, no faltan durante toda la noche. Mucha gente no conoce al difunto pero van de "voluntarios" a todos los novenarios, cuentan chistes y ayudan en lo que se ofrezca.

La familia del difunto fija la hora del despacho; puede ser a media noche o al amanecer. En ese momento se congrega toda la concurrencia en el pequeño cuarto del altar. Cada uno de los hijos del difunto y sus padres se colocan frente al altar; si las condiciones anímicas o de salud no se lo permiten, le nombran un reemplazo. Los maestros con los ojos nuevamente cubiertos, rezan el rosario y llaman a los padres del difunto, quienes deben apagar la primera y segunda vela, volteándola de manera que la luz quede en el orificio del piloncillo que hacía de candelabro; si se trata de un reemplazo, debe repetir: "Luz de Cristo, te voy a apagar en el nombre de ..., la apaga ..."

Luego, los hijos en orden de edad, van apagando las velas. En estos momentos hay gritos y lamentos; los familiares se resisten a apagar la vela pues así también están

rompiendo el vínculo que los mantiene unidos al difunto, pero al mismo tiempo saben de la necesidad de despachar el alma, pues sería peligrosa su permanencia en la casa.

Las personas se disponen en el cuarto, dejando abierto un espacio (corredor) que lleve a la puerta para que el alma pueda salir. El cuarto se oscurece después de que el maestro dice en voz alta al alma del finado, que debe salir para nunca más volver. En algunos caseríos, como Vidales, los maestros barren el piso y las paredes para obligar al ánima a salir. Encienden una vela y el maestro voltea el vaso con agua donde bebía el ánima. El agua se riega sobre la mesa y el olor a cascarilla que ha quemado el maestro, impregna el ambiente. La cascarilla es la cáscara de una fruta que se recoge en Semana Santa y cuyo olor es semejante al incienso.

Después de rezar algunas oraciones la gente se retira desayunar: arroz, yuca y carne de cerdo que se ha matado durante la noche. Pero antes de hacerlo, los maestros deben hacer la "reminiscencia": desmontar el altar, dejando encendidas sólo algunas velas hasta el "cumplemes". Esto se realiza en presencia de pocas personas.

El ambiente se distensiona completamente después del despacho. No ha sido el momento del entierro, sino éste el de la verdadera separación del muerto del mundo de los vivos. Los lamentos dirigidos al difunto que se habían escuchado durante estos nueve días, ya no se oyen; los llantos cesan (el muerto se ha ido y ya no los escucha). Aunque queda la tristeza por la pérdida de un ser querido, hay tranquilidad porque fue enterrado debidamente y no será fuente de peligro. Sin embargo, hay familias que realizan un nuevo despacho en el cumpleaños y algunos rezos en el cementerio en los aniversarios o en el día de Todos los Santos.

## **E. CULTO A LOS MUERTOS**

El primero de noviembre, día de Todos los Santos, el cementerio se colma de gente que ora y enciende velas en las tumbas de los seres queridos. Algunos todavía colocan alimentos sobre las tumbas y ponen una mesa en el frente de su casa con chicha, plátano manzano, pasteles (tamales), yuca y bollos para las ánimas que vienen a comer. Al terminar el día, los dueños de casa se comen estos alimentos. Esta costumbre se ha perdido mucho.

Cortan con anticipación, desde el día de San Rafael, un gajo de plátano manzano (plátano pequeño) para que madure el día de Todos los Santos. Aseguran que ésta es la única época del año en que madura amarillo el plátano.

## **F. EL MAS ALLA**

Todos los informantes coinciden en que al momento de la muerte, el alma se va para el cielo o para el infierno (14). Algunos afirman que su espíritu ha viajado en sueños hasta el cielo.

Dice una indígena que en el cielo está San Juan que es el secretario de Jesús y en el infierno está Santa Mónica. Ella en vida no regaló sino tres hojitas de cebolla y una

pollera (15) vieja y cuando llegó al purgatorio, San Juan miró el libro donde estaba apuntado lo que había dado en vida, y como había dado tan poquito la pusieron agarrada de las tres hojitas de cebollín y rodeada por las ánimas. Abajo estaba el fuego, ella gritaba: "Paran hijos santos como yo parí"; se cogió también de las barbitas de una cabecita de ñame, se soltó y cayó a la paila. Ella había tenido una hijita santa.

Para entender los viajes del espíritu al cielo hay que tener claro que para los indígenas, cuando uno se duerme el espíritu abandona el cuerpo y se va; cuando el espíritu regresa, la persona se despierta. Lo que sucede al espíritu en sus viajes son los sueños.

En estado de vigilia el espíritu también se puede separar del cuerpo y viajar adelante de una persona. Dicen que cuando uno va para su casa, el espíritu llega primero, los perros ladran, el ternero brama y como a la hora llega uno (16).

Una anciana cuenta que en medio de una enfermedad vio el cielo como un almacén lleno de ropa blanca. Allí encontró a un hermano que se había muerto chiquito y ya estaba viejito; él le preguntó qué venía a buscar y ella dijo que a su mamá. Se veía un camino largo de oro. De una casa salió la mamá y le tiró un pan, pero el hermano le dijo que lo cogiera ni lo siguiera. La mamá llevaba quince años en el infierno y en ese momento la pasaron a la paila donde la fritaron y con un cucharón la sacaron y se la pasaron a San Pedro en el cielo. Después la mujer que narró la historia regresó a su casa. Esta anciana es una curandera reconocida del caserío de Vidales y su especialidad es diagnosticar las enfermedades observando los orines del paciente.

Otra anciana de Vidales dice que el espíritu puede viajar y que cuando uno se muere se va para el cielo. La gente que ha cometido pecados o tiene algún problema (17) la Virgen lo lleva a una paila de fuego y la deja chamuscar para después sacarlo y llevarlo al cielo. Cuenta que pocos días antes ella estaba muy grave y se quedó acostada sobre las piernas de un hijo. Entonces ella se encontró en el puente de Coveñas con una mona (una encanta) que le dijo que se fuera con ella y se la llevó por un camino que va al cielo; era de oro y le decía que a un lado estaba su familia pero que no mirara para los lados. Allí toda la gente estaba vestida como las monjas. Una de las persona la recibió en la puerta y le dijo que no podía pasar, que se devolviera. Cuando ella despertó, sus hijos estaban a su lado llorando y ella les dijo que no lo hicieran porque ella no se iba a ir.

## NOTAS

1. Louis Vicent Thomas. *Antropología de la muerte*. Edit. Fondo de Cultura Económica. México, p. 537.
2. ESCALANTE, Aquiles. Palenque de San Basilio.
3. Los familiares del muerto no cavan ni pisan. A pesar de comprar el ron y el tabaco no lo distribuyen personalmente; ésto lo hace "un particular". Las mujeres de la familia tampoco cocinan ni reparten el tinto ellas mismas.
4. Esta es la comparación de ellos mismos utilizan: dos mujeres pilando maíz en un pillón.
5. AGUADO, Fray Pedro. *Recopilación Historial*. Ed. Empresa Nacional de Publicaciones, Bogotá, 1957. p. 22.
6. CASTELLANOS, Juan de. *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Ed. A.B.C. Bogotá, 1955. p. 78.
7. SIMON.
8. Ibid.
9. SIMON, Op. cit. pp. 127-128.
10. CASTELLANOS, Op. cit. p. 74.
11. Ibid, pág. 63.
12. CASTELLANOS, Op. cit. p. 63.
13. Ron detilado por los mismos indígenas, llamado también chirrinche o tapetusa.
14. Aunque el alma vaya al infierno, después todas las almas van al cielo independientemente de su comportamiento mientras estuvo vivo.
5. Falda.
6. Los niños menores de dos años se enferman con frecuencia porque son muy débiles y el espíritu los abandona especialmente cuando la madre los saca a dar un paseo por el monte; el espíritu se queda en una laguna o en un árbol y el niño llega a la casa llorando, con inapetencia, fiebre o cualquier otro síntoma. La madre debe deshacer los pasos, regresar por el mismo camino y llamar en voz alta al espíritu del niño: "Vente, niño, vente"; a veces van barriendo el aire con una escobilla para que vuelva el espíritu. En algunos casos se consultan a los curanderos llevando los orines del niño para saber exactamente en qué lugar se quedó el espíritu.
7. Esta mujer, por ejemplo, está asediada por "El Chimpín" que se la quiere llevar en venganza porque su padre se llevó a la hija del Chimpín que era la "Encanta".

## BIBLIOGRAFIA

- AGUADO, Pedro, Fray. *Recopilación Historial*. Bogotá: Ed. Empresa Nacional de Publicaciones, 1957.
- CASTELLANOS, Juan de. *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Bogotá: Editorial ABC, 1955.
- ESCALANTE, Aquiles. *El Palenque de San Basilio*. Barranquilla: Editorial Mejoras, 1979.
- SIMON, Pedro, Fray. *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme de las Indias Occidentales*. Bogotá: Banco Popular, 1981.
- TURBAY, Sandra y Susana Jaramillo. *Identidad Cultural de los indígenas de San Andrés de Sotavento, Córdoba*. Medellín: Universidad de Antioquia, Departamento de Antropología. Monografía de Grado, 1986.
- VINCENT THOMAS, Louis. *Antropología de la Muerte*. México: Fondo de Cultura Económica, 1977.